

¿Te dio miedo la sangre?

Sergio Ramírez



Editorial
Costa Rica

Sergio Ramírez Mercado

¿Te dio miedo la sangre?

¿Te dio miedo la sangre?

Sergio Ramírez

A Peter, A Inke

LOS SUCESOS DE ESTA HISTORIA



El Turco, el Jilguero y el Indio Larios secuestran con engaño el Coronel G.N. Catalino López en Guatemala y se lo llevan al burdel de **Lasinventura** en Mixco, donde purga su maldad.



Santiago Taleno, alias el Turco, recorre con su padre todos los caminos, entra a la academia militar y pasa a ser edecán de *el hombre*; pero lo agarran preso y va a parar a la jaula.



El trío de **Los Caballeros** y Chepito el cantinero, hablan de su vida, de sus duelos y canciones en **El Copacabana** junto al lago de Managua; y recuerdan al Jilguero.



Mientras va por la montaña perseguido por la Guardia, Mauricio Rosales, alias El Jilguero, recuerda a su abuelo que fue candidato a la presidencia y le robaron las elecciones; y a su hermana que fue candidata a Miss Nicaragua y le robaron las elecciones; así como otros sucesos.



El Coronel G.N. Catalino López, de los primeros guardias enviados a combatir a Sandino, habla de su falsa herida y su cobardía y de la cabeza de Pedrón Altamirano traída a Managua.



El indio Larios, conspirador de la vieja guardia contra *el hombre* muere en su exilio de Guatemala, y aquí se habla del viaje de su hijo, de regreso con su cadáver para enterrarlo en León.

PRIMERA PARTE

La alondra nació antes que todos los seres y que la misma tierra. Su padre murió de enfermedad cuando la tierra aún no existía. Permaneció cinco días insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la fuerza de la necesidad, enterró a su padre en su cabeza.

Aristófanes,

Las aves

—¿Mató chancho tu mama?
¿Te dio miedo la sangre?

JUEGO INFANTIL NICARAGÜENSE

CAPÍTULO I



Rojo sangre azul marino verde botella repasó el Jilguero mientras aguardaba, contando los vidrios emplomados de la mampara que al fondo del salón de lustre se abría sobre sus goznes hacia las profundidades del billar, café oscuro amarillo oro y otra vez rojo sangre; y el Turco, que regresa de inspeccionar el puesto de guardia al otro lado de la cañada, se queda de pie junto a la hoguera ya casi extinguida del campamento, y le dice al Jilguero que se acuerde: visto desde la acera de enfrente a esa hora del mediodía, *El Jardín de Italia*, parecía una gruta; que se acuerde que a través del hueco de aquel viejo zaguán de la sexta avenida las paredes repasadas con una mano de pintura de aceite brillaban escamosas, reflejando la luz de las lámparas fluorescentes suspendidas del cielo raso, los lustradores sumergidos en ella, de rodillas, en el gastado pico de mosaicos frente a los tronos de palo; solo las mangas de los pantalones de los clientes, sus zapatos asentados sobre las plantillas metálicas, visibles para él en su puesto de vigilancia, de espaldas al escaparate de *La Samaritana* donde un maniquí polvoso exhibía una camisola de *tricot*. Vos te habías alejado unos pasos sobre la misma acera, colocándote en la puerta de *El Cairo*, Jilguero, y desde allí sí alcanzabas a ver íntegro el interior de *El Jardín de Italia*.

Y el Jilguero toma un tizón para dar fuego a su cigarrillo, el último de su paquete de *Esfinge* que alcanzó aún para una ronda entre los hombres sentados alrededor de la

fogata; y mientras le ilumina el rostro la brasa, asiente: la mampara de colores que ocultaba la entrada del billar, los futbolines inmóviles en un rincón del zaguán, las antiguas máquinas traganíqueles de manubrios herrumbrados, la huérfana de uniforme blanco que sentada formal frente a su pupitre recibía los pagos del lustre y cambiaba menudo para las máquinas, bien que se acuerda; y guardián su ojo sobre el coronel, voluminoso y vestido de *palm-beach* color *army*, húmeda y tersa la piel de tan recién bañado, el último hacia el fondo de la fila de altos sillones.

Una chispa de luz cogió al azar y por un instante el cristal de sus lentes gruesos al inclinar la cabeza devastada por el rasurado número cero, dedicado a examinar el lustrado con parsimoniosa atención de cegato; y el breve resplandor te llegó desde la cueva, Jilguero, también en tu mira las espaldas remendadas a parches del anciano lustrador que afanado cumplía la maniobra de pasar el cepillo de una mano a la otra tras el cubo del zapato sin disminuir la velocidad, en la pared esmaltada de rosa, sobre la cabeza del coronel, el cuadro mural con la sirena hombruna empinándose una botella de refresco.

AGUAS GASEOSAS "TU Y YO"
Pídalas Ud. sin riesgo de su salud

Entonces, Jilguero, entre los bocinazos de los carros, el pregón de los vendedores de lotería, el llanto de uno de los críos de la india que vendía perrajes sentada en la acera, oímos sonar claramente el toque breve, solitario, del cepillo contra la caja dando por concluida la operación de lustre.

Sí, se suelta los cordones de las botas el Jilguero mientras mantiene el cigarrillo en la boca, me ajusté el sombrerito de rey de los chivos y crucé veloz la calle sorteando los vehículos, pasé junto a la trompa recalentada de un bus que arrimaba a la cuneta y entré a *El Jardín de Italia* en el

preciso momento en que el coronel se ponía de pie, resbalándose desde la altura de su trono, y se llevaba la mano al bolsillo metiéndola debajo de la falda de su saco holgado, para pagar. Ante mi reverencia, sus ojos magnificados y borrosos tras los lentes de culo de botella, me buscaron la cara con dificultad.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó arisco.

El asunto de las vedettes, ¿no se acordaba, señor coronel? Sacó un inhalador *Vicuatronol* y se lo pasó por las ventanillas de la nariz, examinándome, tomándome las medidas. Y vos, no sin temor de que fuera a reconocerte, pen-dejo Jilguero, se ríe el Turco empujándolo cariñosamente, ya sentado en la rueda de los uniformados de kaki, caras de colegiales en vacaciones; lo habíamos vestido según la ocasión, corbata bochinchera, sombrerito de pluma, zapatos combinados, su cartapacio plástico y anteojos *Ray-Ban*, y te acordarás del mejor consejo que te dimos, Jilguero matrero, hablar como mexicano de cabaret.

Lo siguió a la parte más umbrosa del salón, donde estaba la huerfanita sentada en vigilancia de su caja de caudales bajo el cuadro de San Vicente de Paúl.

*No destruyas estas máquinas que son propiedad
de la niñez desvalida de nuestra Guatemala
Obras de Monseñor Girón Perrone.*

El coronel le pagó a la niña y caminó luego en dirección al portón de la calle, el Jilguero siempre detrás. Y ya en la acera, volvió remorosamente a examinarte.

—¿Anda allí las fotos? —señaló el cartapacio.

Y vos, que el álbum artístico lo tenían tus socios, que esos dos socios estaban esperando en *El Portal*, y cogiéndole el brazo te agachaste a mirar la hora en su propio reloj de pulsera, para darle a comprender que ya estaban en atraso.

—¿Y eso dónde queda? —preguntó indeciso; y le molestaría seguramente la luz de la calle porque empezaban a ponérsele llorosos los ojos que él se limpiaba metiéndose el pañuelo debajo de los lentes.

—Una cervecería muy concurrida aquí no más, a la vuelta de su hotel, mi coronel —y extendiendo la mano del cartapacio le mostraba que solo teníamos que bajar unas cuerdas por la misma sexta avenida.

Pavoneándose con cierto fastidio, aceptó. Empezamos a andar, el Turco al otro lado de la calle llevándonos el paso de santo entierro, vigilante de cada tropiezo, porque como al coronel le costaba distinguir los obstáculos había que movilizarlo despacio, si no, se atropellaba contra los transeúntes; despacio y con buena letra haciéndole yo su camino, ayudándolo a cruzar las esquinas; pues si lo mataba un carro, ¿qué gracia tenía?

Y viendo que no habría ya vuelta atrás porque pasaba yo con mi procesión frente al *Hotel Panamerican*, y el coronel, inocente como iba de la verdad de su destino no había intentado meterse, se adelantó el Turco casi a la carrera para llegar de primero a *El Portal* y prevenir al Indio.

Sin aliento entró al salón traficado por los parroquianos del mediodía que bulliciosos se acomodaban, se saludaban de lejos, juntaban mesas, traían asientos, ordenaban sus primeras tandas de cerveza, el humo de sus cigarrillos empezando a condensarse en el techo forrado de cañas de bambú y adornado con redes de pescador, las aspas negras de los abanicos sin movimiento. El Indio ojeaba su *Imparcial* sentado en la barra y el Turco, aflojándose la corbata, ocupó la banqueta vecina. Ya venía, Indio, hermano, ya estaba agarrado. Y como buscando un disimulo sacó su peine para peinarse intranquilo ante el espejo del bar, en el que se reflejaban abigarradas las botellas.

El Indio tiró el cabo del cigarrillo al suelo cubierto de colillas, y cuando lo destripó alcanzándolo con la punta del zapato quedó al desnudo su tobillo magro, sin calcetines,

como andaba siempre; se quitó los anteojos, dobló el periódico poniéndoselo debajo del sobaco, y giró en su banqueta para dar la cara a la puerta, una cara ya en nada altiva, Jilguero, se le pintaba para entonces el agobio de la edad.

En la puerta seguían atropellándose los empleados públicos, los agentes viajeros, los cajeros de banco; trataban de adivinar desde lejos un lugar libre, enamorándoles una mesa a los saloneros que pasaban bandejas en alto haciéndose los mercedos. Las doce y media en el reloj eléctrico de la *Alka-Seltzer* arriba de la estantería de licores.

Nos quedamos aparentando serenidad, el Indio vuelto hacia la puerta y yo de frente al espejo, esperando ver aparecer al Jilguero con su cautivo; pero al Jilguero aquel camino por la sexta avenida se le hacía de hule; el coronel, aunque se dejaba llevar, le cargaba su peso flojo encima, remoloneando en veces al querer aparentar marcialidad, y el Jilguero lo empujaba y le metía plástica, impresionándolo con el cuento de que las damiselas de la *troupe* fantasma se quemaban en el anhelo de tratarlo en persona, Tania la diabólica que era la estrella fulgente del *strip-tease* más que ninguna, lo había visto retratado en el periódico en traje militar de gala entre la concurrencia del entierro, lo soltaba, acuérdesse de mí cuando se esté gozando de Tania, coronel, si se lleva la partida de muchachas a Nicaragua, Tania es suya.

—¿De dónde es esa Tania? —me preguntó entonces con su ladrido seco, siempre severo para no rebajarse a mi confianza.

No tenía país, coronel, nadie sabe de dónde viene ni para dónde va, es una diosa de carne, eso es todo. Suerte para usted el funeral.

Ya pasábamos el parasol de la *Foto Eichenberg* ya estábamos frente a *La Gafita de Oro*, ya entrábamos a la galería, ya nada faltaba para llegar a *El Portal*. Y se me va deteniendo, empujado.

—¿Suerte? ¿Por qué suerte?

Y yo, aturdido de aflicción, deshaciéndome en lisonjas, porque si no venía él de delegado de su patria a las honras fúnebres no se llevaba a las vedettes, dicho sea con todo respeto a la memoria del señor presidente Castillo Armas, mi señor coronel, quitándome reverente el sombrero; y aunque no me cambió su cara de palo, ofendido ante mi irrespeto de meterle un cadáver sagrado en el negocio de las desnudas, se acordaría de seguro de Tania la Diabólica como yo se la había pintado y no me replicó ningún regañón; me volvió a abandonar su peso y así seguimos adelante hasta la puerta de la cervecería, y ya pasábamos frente al rey de cartón clavado junto al dintel, su espada desenvainada y en la barriga la leyenda que el Indio siempre le repetía al cantinero a manera de pomposo saludo al entrar a la cantina.

*¡Alto! Aquí nadie pasa
sin dejar de saludar
al Rey del Portal
que lo quiere invitar*

y ya entrábamos, cantando Pedro Infante a todo volumen en la roconola *ya vamos llegando a Pénjamo ya brillan allá sus cúpulas* y al no avistarlos a ustedes, yo ansioso me empinaba entre el gentío, Turco, pero los descubrí al fin en la barra y el Indio me hizo de señas con los anteojos en la mano, que lo pasara al reservado; y qué dificultad atravesar a la ballena entre las sillas, repitiendo compermisos ante los clientes molestos que se obligaban a ponerse de pie para cedernos el paso.

Pero lo lograste, Jilguero. Vadeando el salón cogieron por el pasadizo, directo al reservado, como se le decía a la pieza contigua a los mingitorios, donde había cajillas de cerveza, lampazos y sillas rotas, pero también una mesa

preparada para acomodar clientes cuando se rebalsaba el salón.

Como la puerta, crecida por la humedad, se tallaba en el marco, solo a empujones logré arrancarla.

—Siéntese aquí, mi coronel, si me hace el favor —aparté una silla y soplé sobre ella para limpiarla; después se la sostuve por el espaldar, mientras lo guiaba a aflojar encima su nalgatorio. Le ofrecí de fumar, pero no quiso, de beber, y tampoco, todo lo rechazaba a puros gestos cortantes. Colocó impaciente los brazos sobre la lámina de la mesa en que había pintada una corcholata gigante de la cerveza *Gallo*, y acercando la cabeza a la carátula de su reloj de pulsera se estuvo en procura de adivinar la hora. El socket colgado de un cordón verduzco, no tenía bujía y por el pasadizo llegaba al salón más bulla que luz.

—¿Y sus socios? —me preguntó frunciendo la nariz, por asco al tufo a desinfectante de excusado que llenaba el cuartito, y yo, despreocupándolo, que estaban terminando de atender a otro cliente importante de Panamá, que ya no iban a tardar, cuando en eso, como por cosa de magia negra de mis palabras, van apareciendo ustedes.

El coronel siguió con la cabeza el movimiento de las sombras que se escurrían dentro de la pieza y ocupaban los lugares vacíos en los costados de la mesa; sobresaltado oyó el arrastrarse de la puerta sobre la arenilla del piso, la conmoción del tabique al ser encajada otra vez la hoja, el golpe rotundo del pasador, y el agitarse de la cadena del picaporte, que tardó en cesar.

Qué cara desagrada cuando después de haber atrancado la puerta te diste vuelta hacia él, Jilguero; acercaba las manos a las sienas tratando de darse mejor visión, empeñado en descubrirnos la figura, descubrir al Indio que ya colocado a su derecha puso sobre la mesa su *Imparcial* que lentamente comenzó a desenrollarse, el Indio que calmadamente rasgó un fósforo, tardándose en darle fuego al cigarrillo, y entonces la luz de la llama le habrá permitido final-

mente averiguarle las facciones, y le habrá calado la sonrisa maligna porque en sobresalto se apartó de ella, poniéndome los ojos a mí, Jilguero.

Cabal. Acechaba la estampa tiesa y muy severa del Turco, sentado a su mano izquierda; pero imperturbable ante aquel examen desesperado mirabas hacia el frente, en dirección del Indio, en actitud de esperar órdenes, el Indio que solo vigilaba el palillo de fósforo achicharrándose entre sus dedos. Y cuando lo sopló, yo me puse detrás del coronel. Era mi seña.

Como si de pronto se hubiera recobrado de su alarma, quiso ponerse de pie; con celeridad buscó impulsarse hacia arriba apoyando las manos en el borde de la mesa, pero estorbado por su peso se paralizó en un ademán de todas maneras inútil; y al sentir que una mano, tu mano urgida, Jilguero, lo camiseaba sacándole de la bolsa del saco su pistola, ya sin esperanzas abandonó los brazos en los flancos.

—¿Qué me van a hacer pues? —bajó la cabeza enronquecido.



Contra el sol, los pescadores lo verían arrimar canaleteando en la tranquilidad de la barra, lo verían arrastrar la panga fuera de las aguas sedosas y vararla en la arena, bajar con una criatura en brazos, defendiéndola del resplandor bajo una sombrilla de mujer, y caminar por la avenida ornada de palmeras secas a lo largo de los rieles soterrados. Trinidad tras sus pasos cargando un atado de ropa en la cabeza, en silencio bajo el solazo hacia el parque enmon-